

prosa más enérgica. La mayor condensación de las ideas, el mayor relieve de las oposiciones, el mayor atrevimiento de las imágenes no hacen más que añadir autoridad al razonamiento. La medida y la rima transforman los juicios en sentencias. El pensamiento, puesto en tensión por el ritmo, llega á la nobleza por la reflexión. Los juicios se engastan en imágenes abreviativas ó en líneas simétricas, que les dan la solidez y la popularidad de un dogma. Las verdades generales alcanzan la forma definitiva que las transmite al porvenir y las propaga al género humano. Tal es el mérito de esos poemas: agradan por sus buenas expresiones. Sobre un tejido lleno y sólido se destacan hilos hábilmente anudados ó brillantes. Aquí Dryden ha concentrado en un verso un largo razonamiento; allí una metáfora afortunada ha abierto bajo la idea principal una nueva perspectiva; más lejos dos palabras semejantes, puestas en contacto, han dado relieve á un argumento imprevisto y victorioso; en otra parte una comparación oculta ha proyectado un tinte de gloria ó de vergüenza sobre el personaje que no se la esperaba. Son las habilidades y los triunfos del estilo calculado, que conquista la atención del espíritu, y le deja persuadido ó convencido.

IX

A decir verdad, apenas hay aquí otro mérito literario. Si Dryden es un político ducho, un polemista instruido, bien pertrechado de argumentos, familiarizado con todos los ardidés de la discusión, versado en la historia de los hombres y de los partidos, esa habili-

dad práctica é inglesa le confina en la baja región de los combates diarios y personales, manteniéndole á gran distancia de la alta filosofía y de la libertad especulativa, que imprimen en el estilo clásico de los contemporáneos franceses la duración y la grandeza. En el fondo, todos los debates ingleses de ese siglo son estrechos. Excepto el terrible Hobbes, los escritores carecen de verdadera originalidad. Dryden, como los restantes, no traspasa el círculo de los razonamientos y de los insultos de secta y de facción. La pequeñez de las ideas se hallan entonces en proporción con la fuerza de los odios; ninguna doctrina general descuelga sobre el tumulto de la batalla abriendo poéticas perspectivas. Textos, tradiciones, una triste escolta de argumentos rígidos; he ahí las armas. En preocupaciones y pasiones, allá se van los dos partidos. Por eso falta materia al arte de escribir. Dryden no tiene filosofía personal que desenvolver; no hace más que versificar temas dados por otros. En medio de esa esterilidad, el arte no tarda en circunscribirse á vestir ajenos pensamientos, y el escritor se hace anticuario ó traductor. Efectivamente: la mayor parte de los versos de Dryden son imitaciones, refundiciones ó copias. Tradujo á Persio, Virgilio, una parte de Horacio, de Teócrito, de Juvenal, de Lucrecio y de Homero, y puso en inglés moderno varios cuentos de Boccaccio y de Chaucer. Esas traducciones parecían entonces obras tan grandes como composiciones originales. Cuando emprendió la de la *Eneida*, el país, dice Johnson, «pareció creer interesado su honor en el éxito». Addison le proporcionó los argumentos de cada libro y un ensayo sobre las *Geórgicas*; otros le dieron ediciones y notas; grandes señores le ofrecieron hospitalidad en competencia; abundaron las suscripcio-

nes. Se decía que el Virgilio inglés iba á ofrecer á Inglaterra el Virgilio latino. Ese trabajo se consideró durante mucho tiempo como su primera gloria; no de otra suerte, en la Roma de Cicerón, por la original penuria de la poesía nacional, los traductores de las obras griegas eran tan ensalzados como los inventores.

Esa esterilidad de invención altera el gusto ó le embota. Porque el gusto es un sistema instintivo, y nos guía mediante máximas interiores que ignoramos. La inteligencia, dirigida por él, siente armonías, evita disonancias, goza ó sufre, elige ó desecha, según concepciones generales que la dominan y que no ve. Suprimidas tales concepciones, desaparece el tacto que prestaban, y el escritor comete torpezas, porque le ha faltado la filosofía. Tal es la imperfección de las narraciones que escribe Dryden, siguiendo á Chaucer y á Boccaccio. Dryden no comprende que cuentos de hadas ó de caballería no cuadran más que en una poesía infantil, que asuntos candorosos piden un estilo candoroso, que las aventuras de Palemón y de Arcite, las metamorfosis, los torneos y las apariciones reclaman el abandono crédulo y la graciosa charla del viejo Chaucer. Los vigorosos períodos, las antítesis reflexivas, oprimen aquí á esos amables fantasmas; las frases clásicas los sofocan con su corte ceñido: no se los ve ya; para tornar á encontrarlos hay que volverse hacia su primer padre, hay que apartarse de la luz demasiado cruda de una edad instruida y viril; no se los sigue bien más que en su primer estilo, en la aurora del pensamiento crédulo, tras el vapor que se agita alrededor de sus vagas formas, con todos los arreboles y sonrisas de la mañana. Por otra parte, cuando Dryden entra en escena, aniquila las delicadezas de su maestro, insertando declamaciones ó dis-

ursos, debilitando las efusiones naturales y sinceras. ¡Qué distancia entre su relato de la muerte de Arcite y el de Chaucer! ¡Qué desdicha, sus términos escogidos de autor, su galantería, sus frases simétricas, sus frios duelos, cuando se comparan con los gritos dolorosos, con las efusiones verdaderas, con el amor profundo que resalta en el otro! Pero lo peor es que casi siempre es copista y conserva los defectos como traductor literal, que no aparta los ojos de su obra, que no sabe abarcarla para refundirla, que parece un versificador más que un poeta. Cuando La Fontaine puso en verso á Esopo ó á Boccaccio, les infundió un nuevo espíritu; no tomó de ellos más que la materia; el alma nueva, que constituye el precio de su obra, es suya, exclusivamente suya y adecuada á su obra.

En vez de los períodos ciceronianos de Boccaccio, vemos correr versos ligeros y burlones, de una voluptuosidad refinada, de una candidez fingida, que gustan el fruto prohibido, porque es fruto y porque es prohibido. Lo trágico se disipa; los recuerdos de la Edad Media están á mil leguas; no queda más que la alegría maliciosa de un murmurador y de un sibarita. Aquí abundan las disonancias, y á Dryden le llaman tan poco la atención, que las introduce en otras partes, en sus poemas teológicos, por ejemplo, representando la Iglesia católica por una cierva, y las herejías por diversos animales, que disputan entre sí tan extensa y doctamente como graduados de Oxford. No me gusta más en sus *Epístolas*, que ordinariamente se reducen á adulaciones sembradas de sentencias un poco triviales. «He estudiado á Horacio, dice (1), y creo que no está mal imitado aquí el estilo de sus epístolas.» Ni

(1) Prólogo de la *Religio Laici*.

por asomo. Las cartas de Horacio, aunque en verso, son verdaderas cartas, ágiles, de movimiento desigual, siempre improvisadas, naturales. Nada más distante de Dryden que ese espíritu original y mundano, el más delicado y nervioso de los epicúreos, pariente (á mil ochocientos años de distancia) de Alfredo de Musset y de Voltaire. Hay que ser, como Horacio, pensador y hombre de mundo, para escribir moral agradable, y Dryden, lo mismo que sus contemporáneos, no es hombre de mundo ni pensador.

Pero otras particularidades, no menos inglesas, vienen en su ayuda. De repente, en medio de los bostezos que provocaban esas epístolas, se detienen los ojos. Han aparecido el acento de la verdad y las ideas nuevas. Dryden, escribiendo á su primo, hidalgo de aldea (1), ha encontrado una materia inglesa y original. Pinta la vida de un *squire* rural, que es el árbitro de sus vecinos, que evita los pleitos y los médicos de la ciudad, que se conserva sano merced á la caza y al ejercicio. Habla con él de los asuntos públicos. Nos presenta al buen diputado, «que sirve á la vez al rey y al pueblo, que conserva al uno su prerrogativa, al otro su privilegio», que se interpone como un dique entre los dos ríos, cediendo más al rey en tiempo de guerra, y más al pueblo en tiempo de paz, «impidiendo que se desborde ni se seque ninguno de los dos». Esa grave plática denota un espíritu político educado en el espectáculo de los negocios, y que posee, en materia de debates públicos y prácticos, la superioridad que poseen los franceses en las disertaciones especulativas y en las conversaciones de sociedad. De igual modo, en medio de las arideces de su polémica, brillan

(1) Epístola XIII.

magnificencias súbitas, un rayo de poesía, una plegaria salida de lo más profundo del corazón. El manantial inglés de pasión concentrada ha vuelto á abrirse con una amplitud y un ímpetu que no se encuentra en otra parte.

«Tan pálida como es la claridad prestada de la luna y la de las estrellas para el viajero solitario, cansado y extraviado, tan pálida es para el alma la luz de la razón. Y así como allá arriba esas móviles luces no descubren más que la bóveda celeste sin alumbrar aquí en la tierra, así los vacilantes rayos de la razón nos fueron dados, no para asegurar nuestro camino doloroso, sino para guiarnos á las alturas hacia una luz mejor. Y así como desaparecen esos cirios de la noche cuando sube á nuestro hemisferio el refulgente señor del día, así palidece la razón en presencia de la religión, así muere y se disipa en el seno de la luz sobrenatural.

«...¡Oh Dios misericordioso! ¡qué bien has dispuesto para nuestros falibles juicios un guía infalible! Tu trono es una oscuridad en el abismo de la luz, una irradiación de gloria que veda la mirada. ¡Oh! ¡enséñame á creer en ti, oculto como estás, y á no buscar nada de lo que tú mismo revelaste, sino á tomar por única directora á la que prometiste no abandonar nunca! Mi imprudente juventud voló entre vanos deseos; mi edad viril, mucho tiempo extraviada por fuegos vagabundos, siguió falsos resplandores, y, al extinguirse su fugaz reflejo, mi orgullo hizo brotar de sí propio chispas no menos falaces. Tal fui; tal por naturaleza soy aún. ¡Tuya sea la gloria, y mía la vergüenza! Sea ahora mi empeño vivir bien. Mis dudas han acabado (1).»

(1) *Religio Laici: La cierva y la pantera.*

Tal es la poesía de esas almas serias. Después de haber corrido entre las disipaciones y las pompas de la Restauración, Dryden se refugiaba en las graves emociones de la vida interna; aunque católico, sentía como protestante las miserias del hombre y la presencia de la gracia; era capaz de fervor. De vez en cuando, un verso viril revela, en medio de sus discursos, el poder de la concepción y el aliento de la aspiración apasionada. Cuando tropieza con lo trágico, allí sienta la planta como en su propio dominio; llegada la ocasión, sondea lo horrible. Ha descrito la caza infernal y el suplicio de la joven desgarrada por los perros con la salvaje energía de Milton (1). Por contraste, amó la naturaleza, amor que ha durado siempre en su país; las sombrías pasiones concentradas se distienden en medio de la paz y la armonía de los campos. En el curso de la disputa teológica se desarrollan paisajes; el autor ve «brotar nuevos vástagos y surgir nuevas flores, como si Dios hubiese dejado allí las huellas de sus pisadas y reformado el año. A lo lejos resplandecían las colinas inundadas de sol, y abajo, en las praderas, los bruñidos arroyos parecían arrastrar oro líquido. Por fin, oyeron al cuco, cuyo canto proclamaba la fiesta de la naturaleza.» Al través de sus versos regulares se vislumbra un alma de artista; aunque rígido y estrecho por los hábitos del razonamiento clásico, por la controversia y la polémica; aunque impotente para crear almas y pintar los sentimientos espontáneos y delicados, es un verdadero poeta; los bellos sonidos y las bellas formas le impresionan é inflaman; escribe con valentía á impulsos de ideas vehementes; gusta rodearse de imágenes magnifi-

(1) *Teodoro y Honoria.*

cas, y le hacen palpar el zumbido de sus enjambrés y la fulguración de sus esplendores; llega á ser hasta músico y pintor: escribe cantos marciales que agitan todos los sentidos, si no descienden hasta los corazones. Tal es esa oda á la fiesta de Santa Cecilia, himno admirable en que el metro y el sonido imprimen en los nervios las emociones del alma, obra maestra de movimiento y de arte que sólo ha renovado Victor Hugo (1). Alejandro está en su trono del palacio de Persépolis; á su lado se halla Thais, radiante de belleza; enfrente, en la inmensa estancia, todos sus gloriosos capitanes. Y Timoteo canta las alabanzas de Baco, «de Baco, siempre bello y siempre joven; el alegre dios se acerca en triunfo. ¡Suenen las trompetas! ¡Tocad los tambores! ¡Viene con rostro encendido, con ojos risueños. ¡Retumben ahora los oboes! ¡Ya viene, ya viene, siempre bello y siempre joven, el primero que instituyó las alegrías del vino! Los dones de Baco son un tesoro; el vino es el placer del soldado; rico es el tesoro, dulce el placer; dulce es el placer después del sufrimiento.»

Y con los vibrantes sonos; el rey se altera, se le inflaman las mejillas, recuerda sus combates, y desafía á los hombres y á los dioses. Entonces le calma un triste canto: Timoteo llora la muerte de Darío. Después le ablanda un canto tierno: Timoteo celebra el amor y la radiante belleza de Thais. De pronto la lira suena con más fuerza, con una fuerza creciente, hasta que retumba como un trueno. El rey adormecido vuelve á erguirse, extraviado, con la mirada fija. «¡Venganza! ¡venganza! ¡ve levantarse las furias! ¡mira las serpientes que bländen! ¡oye cómo silban en el aire!

(1) Por ejemplo: en su *Canto del Circo.*

¡y esas chispas que brotan de sus ojos! ¡Mira esa procesión de espectros, cada uno con una antorcha en la mano! ¡Son los espectros, de los griegos inmolados en las batallas, abandonados en el campo de la acción sin sepultura y sin gloria! Mira cómo agitan sus antorchas, cómo las levantan, cómo señalan los palacios persas, los templos resplandecientes de los dioses hostiles!»

Los príncipes aplauden, cogen antorchas, corren precedidos de Thais, y la nueva Elena incendia la nueva Troya. Así enternece, exaltaba y avasallaba á los hombres antiguamente la música; los versos de Dryden resucitan su poder describiéndole.

X

Esa fué una de sus últimas obras; había nacido tan poética y brillante, entre grandes tristezas. El rey por quien Dryden había escrito, estaba destronado; la religión que abrazó era oprimida y desdeñada; católico y realista, se hallaba confinado en un partido vencido, á quien la nación miraba con resentimiento y desconfianza como el adversario natural de la libertad y de la razón. Había perdido los dos puestos que le permitían vivir; subsistía miserablemente, cargado de familia, obligado á sostener á sus hijos en el extranjero, tratado como mercenario por un librero rudo, teniendo que pedirle dinero para pagar un reloj que no que no querían fiarle, rogando á Lord Bolingbroke que le protegiese contra sus injurias, vilipendiado por el mercachifle cuando no le entregaba en el día convenido las cuartillas prometidas. Sus enemi-

gos le hostigaban con libelos; el puritano Collier flagelaba brutalmente sus comedias; se le condenaba despiadadamente. Enfermo hacia tiempo, se veía obligado á escribir mucho, y reducido á exagerar la lisonja para obtener de los grandes el dinero preciso que los editores no le daban (1). «Lo que Virgilio compuso (decía) en el vigor de la edad, en medio de la abundancia y el sosiego, me he puesto yo á traducirlo en el ocaso de mis días, en lucha con las necesidades, oprimido por la enfermedad, haciendo violencia á mi genio, expuesto á ver mal interpretado todo lo que digo, con jueces que, á menos de ser muy equitativos, están ya predispuestos contra mi por el retrato difamatorio que se hace de mi carácter.» Aunque bien dispuesto respecto de sí propio, sabía que no siempre había sido digna su conducta, y que no todos sus escritos eran durables. Nacido entre dos épocas, había oscilado entre dos formas de vida y dos formas de pensamiento, sin alcanzar la perfección de la una ni de la otra, sin encontrar en las costumbres ambientes un sostén digno de su carácter, ni en las ideas ambientes una materia digna de su talento. Si instituyó la crítica y el buen estilo, esa crítica no halló puesto más que en tratados pedantescos y en prefacios deshilvanados; ese estilo se veía desnaturalizado en tragedias ampulosas, disperso en multitud de traducciones, extraviado en composiciones de circunstancias, en odas de encargo, en poemas de partido, sin encontrar más que de tarde en tarde una inspiración que le utilizara y un asunto que le favoreciese. ¡Cuántos esfuerzos

(1) Le daban 250 guineas por diez mil versos. Sin embargo, según el testimonio de Pope, recibió 1.200 libras esterlinas por su traducción de Virgilio.

para un mediano resultado! Es la condición natural del hombre. Al término de todo, vemos venir ahora el dolor y la agonía. Hacía tiempo que le atormentaban sin descanso el mal de piedra y la gota; las piernas se le erisipelaron. Hacía el mes de Abril de 1700 trató de salir, y se le gangrenaron los pies. Se quiso intentar la operación, pero el creyó que lo que le quedaba de salud y de felicidad no valía la pena. Murió á los sesenta y nueve años.

CAPITULO III

La Revolución.

- I.—La revolución moral del siglo XVIII.—Cómo acompaña á la revolución política.
- II.—Brutalidad del pueblo.—La ginebra.—Los tumultos.—Corrupción de los grandes.—Las costumbres políticas.—Traiciones bajo Guillermo y Ana.—Venalidad bajo Walpole y Bute.—Las costumbres privadas.—Los libertinos.—Los ateos.—*Cartas de lord Chesterfield*.—Su cultura y su moral.—*La ópera de la Hampa*, por Gay.—Sus elegancias y su sátira.
- III.—Principios de la civilización en Francia y en Inglaterra.—La conversación en Francia.—Cómo condujo á una revolución.—El sentido moral en Inglaterra.—Cómo condujo á una reforma.
- IV.—La religión.—Las apariencias visibles.—El sentimiento profundo.—Cómo la religión es popular.—Cómo es viva.—Los arrianos.—Los metodistas.
- V.—El púlpito.—Medianía y eficacia de la predicación.—Tiltson.—Su pesadez y su solidez.—Barrow.—Su afluencia y su minuciosidad.—South.—Su acritud y su energía.—Comparación de los predicadores de Francia con los de Inglaterra.
- VI.—La teología.—Comparación de la apologética francesa con la inglesa.—Sherlock, Stillingfleet, Clarke.—La teología no es especulativa, sino moral.—Los espíritus más grandes están con el cristianismo.—Impotencia de la filosofía especulativa.—Berkeley, Newton, Locke, Hume, Reid.—Desarrollo de la filosofía moral.—Smith, Price, Hutcheson.
- VII.—La constitución.—El sentimiento del derecho.—*Tratado del gobierno*, por Locke.—La teoría del derecho personal es aceptada.—Cómo la sostienen el temperamento, el orgullo y el interés.—La teoría del derecho personal es aplicada.—Cómo